

55 años de la Cámara Chilena de la Construcción

cchc

Singular pueblo en el fértil valle del Huasco, Freirina, perla neoclásica, centro minero aurífero y cuprífero, conserva una hermosa plaza enmarcada por la iglesia de Santa Rosa (1869), construida con un doble tabique de pino oregón, y el edificio Los Portales (1870) que hoy ocupa el municipio, con planta cuadrada y patio central, y un portal cubierto a la calle con nueve arcos circulares sustentados por columnas muy finamente elaboradas de madera. El pueblo, de edificación continua, conserva algunas residencias neoclásicas y mantiene la fisonomía urbana de la época. Destaca, además, la casa de los Callejas (1934), buen ejemplo del *art nouveau*. Cuarenta kilómetros al sur, se yerguen las torres de Labrar (1846). Quedan dos de tres, pero hubo muchas repartidas en otros lugares del norte; la tercera fue derribada para aprovechar los ladrillos importados desde Inglaterra. De dieciocho metros de alto, la estructura de ambas torres es de ladrillo con refuerzos metálicos externos, y pertenecían a una próspera fundición de cobre, activa hasta fines del siglo diecinueve.



Lota Bajo, 1904

En 1855 se creó la Caja de Crédito Hipotecario, cuyos préstamos garantizados por bienes raíces se reembolsaban a largo plazo. Ello estimuló el interés de los privados por el manejo de capitales. La ley de 1860 sobre bancos, que otorgaba grandes facilidades para la constitución de estas entidades, y la de 1865, que daba privilegios a quienes prestaran dinero al fisco, incentivó a los particulares a generar una banca dinámica y pujante. Surgieron, entre otros, los bancos Nacional de Chile (1865), Mac Clure y Cía. (1866), de Valparaíso (1866), de A. Edwards y Cía. (1867), Mobiliario (1869), del Sur (1869), Sudamericano (1872), de la Unión (1874) y de Melipilla (1879).

Los grandes empresarios mineros establecieron complejos proyectos para procesar metales y obtener minerales refinados. Por ejemplo, el fundidor inglés Allison instaló una planta de refinación en La Herradura, mientras José Tomás Urmeneta creó la fundición de Guayacán y una planta en Tongoy, que unió a Tamaya con un ferrocarril de 55 kilómetros, cuyo costo ascendió a más de un millón de pesos. Joaquín Edwards y Carlos Lambert construyeron fundiciones en las proximidades de Coquimbo y Matías Cousiño, en Lota.

Los yacimientos de carbón al sur del Bío-Bío, conocidos desde principios de la etapa republicana, no habían sido explotados de manera industrial. La calidad de las minas era incierta, pero Cousiño aceptó la oferta de venta, pues creía que las actividades de la industria a vapor y de los medios de transporte como el ferrocarril, crecerían mucho. Por eso, dedicó su tiempo y la fortuna que había adquirido en Chañarcillo y exportando harina, para fomentar la industria del carbón.